



*Buenas noches
y saludos cordiales*

JOSÉ MARÍA GARCÍA
HISTORIA DE UN PERIODISTA IRREPETIBLE

Vicente Ferrer Molina
Prólogo de Pedro J. Ramírez

El periodismo deportivo estuvo considerado durante años una especialidad de segundo rango. Hoy, la información deportiva acapara la franja nocturna de las principales emisoras de radio y tiene un peso destacado en toda la programación. García es el responsable de ese cambio. Justo cuando la radio presiente su decadencia por el empuje de la televisión, el locutor reúne a millones de oyentes para escuchar deporte en la cama. Lo logra con un estilo único, personal, comprometido, de investigación y denuncia.

Pronto, su popularidad e influencia hacen de él un líder de masas, capaz de marcar la agenda del país. De lo que cuenta García todos hablan al día siguiente. Lo escuchan incluso quienes no sienten un particular interés por el deporte. Varias generaciones han esperado alguna vez con impaciencia esas palabras con las que, invariablemente, arrancaba su programa: «Buenas noches y saludos cordiales». Ha sido un periodista de rÉcords: el de mayor audiencia, el que ha ganado más dinero, seguramente el que ha gozado de una mayor independencia, también el que más querellas ha recibido, el más popular y admirado, el más temido...

Pero la historia de García es algo más. Es la de un hombre de su tiempo, una figura ligada a la Transición, testigo directo de episodios clave de la reciente historia de España, como el 23-F; una persona controvertida, de filias y fobias; alguien que sienta las bases para crear un imperio mediático y, cuando cree tocarlo con los dedos, se ve traicionado por los políticos; un luchador nato que le gana la batalla al cáncer. Su vida no la había contado nadie. Hasta hoy.

Admirado García

Prólogo por

PEDRO J. RAMÍREZ

De la misma forma que hay personas tan irrelevantes que pueden permanecer en sus puestos durante décadas sin que ni un solo día se note su presencia, hay individuos tan singulares que una vez que alcanzan la categoría de personajes mantienen su territorio en la conciencia colectiva aun mucho después de haberlo materialmente abandonado. Es el caso de José María García que sigue siendo una referencia del periodismo exigente y crítico casi década y media después de que decidiera interrumpir su carrera trenzada de éxitos. Y así como los artistas y toreros necesitan de periódicas reapariciones para reanimar los rescoldos de su fama, lo que más alimenta el mito de García es que los recurrentes rumores sobre su regreso son como bengalas efímeras que siempre se extinguen en el éter. García no necesita volver porque sigue estando ahí, siendo quien es, erguido sobre la atalaya de un eco interminable.

García está en las noches de la radio desde antes de la Transición. Aquella primera escena de la película *El crack* en la que José Luis Garci muestra a un detective castizo escuchándole en un bar sin perder ripio es la mejor imagen del tardofranquismo. Y me recuerdo a mí mismo, sobrecogido en la oscuridad de la medianoche oyéndole

narrar, con vibración, sentido del detalle y pasión humana incomparables, las gestas y tragedias de los montañeros que asaltaban el Naranjo de Bulnes. Hacía ya tiempo que había descollado como reportero en el *Pueblo* de Emilio Romero y que su anorak color butano nos había entrado por los ojos como santo y seña del reportero intrépido que, en la que él bautizó como «la mejor televisión de España» –porque era la única–, le ponía con irreverencia la alcachofa delante hasta al sursuncorda.

Había nacido el Butanito como estereotipo de una versión audiovisual del repórter Tribulete. Una caricatura simpática y arrolladora que habría engullido al más pintado. Pero García era mucho García. Él no quería llegar a donde los demás no llegaban o hacerlo antes por un mero espíritu competitivo, sino para tener más y mejores elementos de juicio para sentar criterio, combatir abusos e injusticias y sobre todo desenmascarar a los farsantes. Dio el do de pecho la noche del 23-F y siempre nos quedaremos con la duda de qué hubiera ocurrido con el periodismo político en España si hubiera llegado a consumir su sueño de hacer un programa generalista con continuidad.

En una feria de vanidades como el deporte, por cuya pasarela desfilan los más toscos figurantes, García instaló los espejos cóncavos y convexos del callejón del Gato y fue trenzando durante treinta años una nueva deslumbrante serie de esperpentos, atestada de «chupópteros», «lametraserillos» y «abrazafarolas». La imagen de aquel preboste tan pagado de sí mismo, reducido a la condición del «Pablo, Pablito, Pablete» que paseaba a su caniche por las noches, ha quedado ya en las antologías de la «deconstrucción» antropológica.

Desde que tengo uso de razón he conocido a muchos grandes comunicadores pero solo a dos con la capacidad de crear un código lingüístico propio: Umbral y García. Si Paco tenía una pluma privilegiada, García siempre ha deslumbrado por su labia. Los dos exudaban contenido como

si la escritura o la retórica fueran funciones fisiológicas y el denominador común de ambos ha sido su buen oído para el habla de la calle, su capacidad de incorporar dichos populares, refranes, sonidos urbanos, extranjerismos o ráfagas del argot de los más jóvenes a un discurso singular, de inmediato reconocible. Para saber que algo lo había escrito Umbral no hacía falta la firma, para saber que algo lo había dicho García bastaba la transcripción.

Que yo sepa entre ellos nunca hubo relación directa pero ambos confluyeron en la Asociación de Periodistas y Escritores Independientes, en la Plataforma para la Defensa del Derecho a la Información y otras iniciativas similares que durante los años de plomo del felipismo pusimos en marcha personas como Pablo Sebastián, Luis María Anson, Manolo Martín Ferrand, José Luis Gutiérrez, Raúl del Pozo, Antonio Herrero o yo mismo. Los cómplices periodísticos de la *guerra sucia*, atrincherados en lo que García denominaba con sonoridad de diapasón «el imppperio del monoppolio», nos bautizaron como «el sindicato del crimen» y eso alentó nuestro natural contestatario y una cierta leyenda de bandoleros idealistas, empeñados en repartir el poder de informar y fomentar el pluralismo.

Fueron los tiempos del *antenicidio*, las guerras mediáticas y las decepciones sucesivas con Aznar y sus zares de la comunicación. Siempre recordaré la desolación compartida, el desgarró en el alma, con que vivimos la muerte del querido y añorado Antonio Herrero en aquel desdichado accidente mientras hacía submarinismo en 1998. García compartía con Antonio su espíritu indomable y le veía como un hermano pequeño que le inspiraba a la vez orgullo e instinto protector.

El día de su entierro se crearon entre nosotros –e incluyó también a Luis Herrero y Federico Jiménez Losantos como compañeros de viaje de Antonio– lazos emocionales muy fuertes que no se romperán nunca, al margen de los avatares profesionales que atravesase cada uno. Es en ese

contexto en el que se inscribe la conversación que poco después tuvimos García y yo en la mesita redonda de mi despacho como director de *El Mundo*. «Tú lo que pasa es que me apoyas, pero no me quieres», me dijo García hablando como siempre a calzón quitado. Yo me quedé atónito pues mi capacidad de transmitir los sentimientos es muy distinta de la suya y desde entonces tengo la sensación de que le debo una respuesta.

Se la daré desde este prólogo a través del recuerdo de un episodio de la vida de alguien a quien García conoció todavía mejor que yo: Juan Antonio Samaranch. Cada vez que se celebraron los Juegos Olímpicos siendo él presidente del COI, Samaranch se prestó a compartir conmigo una o varias jornadas en las que me convertía en su sombra, obteniendo así un material periodístico exclusivo que siempre utilizaba para alguno de mis artículos dominicales. Pues bien, nuestra primera conversación en Sídney tuvo lugar pocas horas después de que Samaranch culminara el penoso viaje de ida y vuelta a Barcelona a dar el último adiós a su esposa, la recién fallecida Bibís Salisachs, aquella atractiva mujer rubia que durante décadas había sido ancla y referente de la alta sociedad catalana.

Estábamos en el último piso del rascacielos en el que tenía su cuartel general el Comité Olímpico. Allá abajo, la bahía de Sídney con la ópera en forma de concha diseñada por Utzon. Samaranch tenía la pesadumbre en el rostro. A la propia tristeza por lo ocurrido se unía el mal sabor de boca tras un lance con la prensa: «Cuando llegué a Barcelona me preguntaron si la quería mucho. Yo contesté que “más que quererla, la admiraba”, y ha habido quien me ha puesto a parir, tachándome de insensible». Guardamos silencio durante un rato y salimos a la terraza dejando que el viento refrescara su rostro. Entonces se explayó: «Es que yo creo que admirar es mucho más que querer. Se puede querer a cualquiera que ha pasado mucho tiempo a tu lado, incluso a un animal de compañía... Pero admirar,

admirar, solo se admira a alguien excepcional». Le dije, de corazón, que no podía estar más de acuerdo.

Nota del autor

No es este, lector, un libro de encargo. Tampoco una biografía autorizada. José María García accedió a mantener una serie de entrevistas (cinco en total, entre marzo de 2012 y febrero de 2015) después de expresarle mi propósito de contar su historia. Ahí acabó toda su participación. García no ha leído ni revisado una sola línea del texto antes de llevarlo a la imprenta.

La idea de escribirlo surgió en la primavera de 2012, mientras rastreaba información para un reportaje con motivo de cumplirse una década de su último programa de radio. En una librería de viejo de Madrid tropecé entonces con un ejemplar de *Comedia Urtain* dedicado de su puño y letra. Dice así: «Para Bobby, mi primer maestro, profesor de siempre, con la admiración, el agradecimiento y el respeto de quien nunca olvida lo mucho que en esta sorprendente e increíble profesión le debe. J. M^a. García. Madrid, julio del 72».

Ese ejemplar, que firmó cuarenta años atrás, cuando empezaba a hacer carrera en la radio y Bobby Deglané era una leyenda, se me antojó un guiño del destino. Pero el mayor estímulo fue constatar que apenas existía bibliografía sobre uno de los periodistas de referencia del último medio siglo, alguien que, como señala José Luis Garci, es «el icono» de una era. «A partir de las doce de la noche estaba en todas partes –afirma–. Es la banda sonora perfecta de lo que era España en 1977. La Transición es el

marido y la mujer en la cama, y García sonando en un transistor sobre la mesita de noche».

En general, encontré colaboración entre los compañeros, conocidos, amigos e incluso rivales del periodista. No todo fueron facilidades. García sigue siendo un hombre querido por unos, repudiado por otros, y, para llevar casi tres lustros alejado de la primera línea, insospechadamente temido. Algunos de los entrevistados solo accedieron a participar después de haberle llamado para obtener su consentimiento. Por diferentes razones hay quien, cortésmente, ha rehusado hablar. Es el caso de Carlos Herrera, de Luis Herrero, de Gaspar Rosety, de Juan Villalonga, de Manolo Sanchís, de Carlos Sainz o de Juanma López Iturriaga. Basta echar un vistazo a algunos de estos nombres y a los que recoge el índice onomástico para percatarse de que el libro dista mucho de ser una obra dedicada al deporte, por más que en sus páginas haya referencias al fútbol, al ciclismo o al boxeo.

En un principio pensé titularlo *García, a secas*. Por dos razones: porque quería que fuera, ante todo, un relato riguroso de la vida del periodista, sin florituras ni suposiciones, y porque, como bien apunta Carlos Toro, en un país de millones de Garcías (el apellido más común en España, de largo), llegó un momento en que bastaba decir «García» para identificarle, como si no hubiera otro sobre la Tierra. También contemplaba la opción del *Buenas noches y saludos cordiales*, pero me contrariaba que ya hubiera sido utilizado en 1998 por el diario *Marca* en una extensa entrevista con el locutor a propósito de su vigésimo quinto aniversario en la radio.

Reparé entonces en la historia de Edward R. Murrow, que en los años cincuenta, los primeros del periodismo en televisión en Estados Unidos, despedía invariablemente su programa *See it Now* en la CBS con esta fórmula: «*Good night and good luck*» (Buenas noches y buena suerte). Por la firmeza que Murrow demostró contra la caza

de brujas durante el *macarthismo*, aquella frase continúa siendo hoy un guiño para los defensores de la libertad de expresión. Me convencí en ese momento de que el «Buenas noches y saludos cordiales» con el que, una y otra vez, José María García abrió su espacio nocturno durante treinta años también permite identificar un periodo de nuestro pasado reciente. En ambos casos, son solo cinco palabras.

A García cabe reconocerle el haber captado al gran público para la radio nocturna. Antes, al acabar el diario hablado, la inmensa mayoría apagaba el transistor y se iba a dormir. García pone de moda oír la radio a partir de las doce y, al hacerlo, introduce en la sociedad un cambio de hábito que aún perdura y que no tiene equivalente en ningún otro país. Pero a la vez que logra que el deporte reine en la noche, le da una presencia durante el día que no había tenido jamás. El protagonismo que ha acabado alcanzando en la parrilla de todas las emisoras se debe, en gran medida, a su labor. También es quien dignifica el periodismo deportivo, considerado de rango menor en las redacciones durante décadas.

La figura de García emerge justo cuando la radio presiente su declive. La época gloriosa, la de los concursos, las radionovelas y el *Carrusel deportivo*, la de Bobby Deglané y José Luis Pécker, la de *Cabalgata de fin de semana* o *Ustedes son formidables*, la que retrata José Luis Sáenz de Heredia en *Historias de la radio* (1955), aquella época en la que las familias se reúnen en torno al transistor, está agotada. La televisión, con el *zoom*, la *moviola* y la imagen en color, se prepara para imponer su dominio en la nueva era de la comunicación que ya se vislumbra. Pero entonces García trae una radio nueva. Saca los micrófonos del estudio. Es el primero que se adentra en los vestuarios, que se mete en un banquillo, que se sube en el autocar de los jugadores o se cuelga en el palco. En una de esas, no duda en entrevistar a Felipe de Borbón, un principito de ocho años. Acaba de disputarse la final de la Copa, la últi-

ma del Generalísimo, en la que el Atlético se ha impuesto al Zaragoza (en el Santiago Bernabéu, el 26 de junio de 1976, Atlético de Madrid 1 - Zaragoza 0).

—¿De qué equipo es usted, alteza?

—¿Yo?

Duda un instante. Y el niño, que hasta ese momento no se identifica con unos colores, encuentra oportuno ponerse del lado de quienes, a su alrededor, agitan banderas y festejan la victoria.

«García tiene la culpa de que yo sea colchonero», ha reconocido recientemente el rey, recordando aquella anécdota.

Y está también el periodista azote de dirigentes deportivos y de la corrupción, el comunicador de masas, el de mayor credibilidad, el más rentable, el que bate todos los récords, el fenómeno sociológico...

Edward R. Murrow y su «Buenas noches y buena suerte» han quedado como un símbolo de la independencia del periodismo frente al poder; José María García y el «Buenas noches y saludos cordiales» lo son del periodismo deportivo moderno, del informador intrépido e insoportable, y de la última edad de oro de la radio en España.

I

Frente al «imperio del monopolio»

Caía el domingo 7 de abril de 2002. García entró en el estudio un suspiro antes de las señales horarias. Como cada noche, se santiguó ante el micrófono. De entre el montón de medallas colgadas al cuello apartó la de la Virgen de Covadonga y se la llevó a los labios. Se encendió el piloto rojo: «Muy buenas noches. Saludos. Las once. Las diez en la Comunidad Canaria». Y arrancó con la quiniela. «Sabía que al día siguiente no me sentaría ante el micrófono –recuerda–. Hice mi programa igual que cualquier otro día y no volví. Lo hice con mucha tristeza, pero con una absoluta frialdad, impropia en mí. Por eso no se notó en antena.»

Hubo siete acertantes del pleno al quince. A cinco jornadas para el final, Valencia y Real Madrid se disputaban el título. El enfrentamiento con Florentino Pérez hacía tiempo que mantenía a los protagonistas del Madrid alejados del micrófono de García. Por eso, solo comparecieron sus rivales. Primero, Rafa Benítez. Santiago Cañizares, poco después. Hasta la una de la madrugada, y entre chasquidos del mechero del locutor perceptibles en los receptores, fueron desfilando por antena el delantero del Betis, Denilson; Josu Ortuondo, destituido en el Extremadura; el trío de árbitros encargado de analizar las jugadas polémicas; Álex Corretja, que no había podido participar por lesión en la eliminatoria de la Davis que España acababa de perder en Estados Unidos; el enviado especial al Campeo-

nato del Mundo de Motos en Japón, donde no hubo podios españoles...

«Señoras y señores, gracias por la atención prestada. Y esto es todo. Nos enfrentamos a una semana tremendamente interesante. Comenzábamos a las cuatro de la tarde. La una de la madrugada. A partir de este instante y en la sintonía de Onda Cero, *Plaza de toros*: don Federico Sánchez Aguilar, el maestro que suele torear, y bien, en el centro del ruedo». Para entonces, el humo dominaba la atmósfera. Al final del domingo, el cenicero acumulaba restos de no menos de ocho puros. Aún sonó una cuña que emplazaba a los oyentes a una nueva cita: «Este martes, Liga de Campeones en *Radioestadio*. Dirige, José María García». Sin embargo, el periodista no volvió a pisar el estudio. Nadie lo sabía entonces. Tampoco García. Pero aquel fue su último programa. Seguramente, el último de su vida. Lo ha sido hasta ahora.

La llegada del locutor a Telefónica Media en agosto de 2000 fue un acontecimiento. Telefónica Media era la gran apuesta del Gobierno de José María Aznar para armar un grupo de comunicación que pudiera contrarrestar la influencia de Prisa como generador de opinión. Tenía presencia en radio, televisión convencional y televisión digital. Su muñidor había sido Juan Villalonga, pero perdió la confianza de Aznar y tuvo que dejar en julio la presidencia de la compañía. Le sustituyó César Alierta, que heredó, junto con el negocio tradicional de la operadora, todo ese conglomerado mediático en ciernes.

García, el periodista más popular del país, era la principal referencia del proyecto. Por eso la empresa celebró su incorporación a lo grande, con publicidad a página entera en los principales diarios. La cara del locutor ocupaba casi todo el papel con una sola palabra: «Bienvenido». Al pie estaban los anagramas de Antena 3, Onda Cero y Vía Digital. Desde allí parecía asomarse para presumir como el cardenal Cisneros: «Estos son mis poderes». Cuando Je-

sús Polanco compró Antena 3 Radio, la emisora que había arrebatado el liderazgo a la Ser, García se juró a sí mismo no descansar hasta reunir las armas con que hacerle frente. Ocho años después había llegado el momento.

Prisa recibió con inquietud la incorporación de García a la pujante Telefónica y dio pábulo a la idea de que Alier-ta le había recortado las competencias que pactó con Villalonga. «Este es un grupo muy poderoso y entiendo que les dé respeto. [...] Solo quiero trabajar. Eso sí, si quieren la guerra, van a ir bien servidos, porque ahora ya no voy con un tirachinas», respondió el periodista.^[1] Esa expresión la cazó al vuelo su sucesor en la Cope, José Antonio Abellán, y con ella bautizó su programa nocturno: *El tirachinas*.

La verdad es que García firmó plenos poderes en Telefónica Sport, la filial que se ocupaba del área de deportes. En declaraciones a *El Mundo* realizadas en agosto de 2000 era taxativo: «Mis funciones son totales». Explicaba que su misión consistía en «dirigir y coordinar todos los contenidos y continentes deportivos de Telefónica» y que ello abarcaba incluso la compra de derechos de retransmisión. Más aún, para desazón de sus millones de seguidores, anunciaba que, por primera vez en su vida, iba a ser más gestor que periodista: «Voy a vivir una experiencia difícil, complicadísima, la de compaginar ser comunicador y ejecutivo. [...] Lo ideal sería que yo no estuviese en el micrófono». Sin embargo, asumía que tenía que seguir haciendo programas, al menos durante algún tiempo, porque aseguraba que Onda Cero no podía competir exclusivamente con Luis del Olmo, «que está más solo que la una».^[2] Era una exageración. La plantilla era extraordinaria. Estaban también Carlos Herrera y Concha García Campoy, dentro de un equipo que Fernando Ónega, director de la emisora, calificó como «antología de la radio».

El aterrizaje de García en Onda Cero fue espectacular. Julio Merino (Nueva Carteya, Córdoba, 1940), su jefe de

redacción, cifra en cincuenta y siete el número de profesionales que le siguieron desde la Cope: «Fue la primera vez que se pasaba un equipo tan completo de una emisora a otra». El trasvase afectaba, además de a la central en Madrid, a las principales sedes de la cadena en todo el país.

El locutor firmó un contrato astronómico: dos mil millones de pesetas (16.700.000 euros).^[3] Aunque con ese dinero tenía que pagar a su equipo, cuando se marchó, efectivamente tenía «pagada la luz», como tantas veces recalcó ante el micrófono para dejar constancia de su independencia profesional.

Situó a personas de su confianza en puestos clave: Daniel Llagüerri, en Antena 3; Agustín Castellote, en Vía Digital. Pese a que las áreas bajo su control estaban repartidas por varios edificios, tenía el despacho en Onda Cero. Enorme. El despacho ha sido fundamental para García. Tuviron que acondicionarle uno, pequeño, cuando empezó a despuntar en la Ser. Amenazó en alguna ocasión con irse de Antena 3 porque no le gustaba el que le habían asignado. Y lo primero que hizo nada más visitar las instalaciones de la Cope fue elegir el suyo. Este de Onda Cero tenía casi cuarenta metros cuadrados, con vistas a una de las arterias del coqueto barrio de Salamanca. Le habilitaron incluso una cocina junto a la redacción porque acostumbra a cenar en la radio.

En su primer *Supergarcía* de la era Telefónica, retransmitido la noche del 27 de agosto de 2000 desde Córdoba, donde concluía la primera etapa de la Vuelta, estaba eufórico. Se refería a su nueva emisora como «una parte, parte sustancial de ese hermosísimo y espero que completísimo proyecto que desde Telefónica Sport nos disponemos a capitanear: Vía Digital, Antena 3 y Onda Cero». Uno de sus invitados esa noche, el entrenador del Real Madrid, Vicente del Bosque, le deseó suerte. «Falta hace –respondió–, éramos pocos y parió la abuela: no teníamos